



## Viajes de Ford por España

IAN ROBERTSON<sup>1</sup>

**R**ichard Ford, futuro autor del *Hand-Book for Travellers in Spain*, pisó por primera vez la Península el 29 de octubre de 1830. Necesitaron veinte días de navegación a bordo del *H. M. Brig Guardian* para ir desde Plymouth a Gibraltar, ya que encontraron mal tiempo y algunas tormentas. Ford, junto a su esposa Harriet, sus tres hijos pequeños y tres sirvientas, estuvieron “tan confortables como se lo permitió la mísera naturaleza del barco”, pero todos ellos “se alegraron verdaderamente de desembarcar en la Roca”, como más tarde describiría

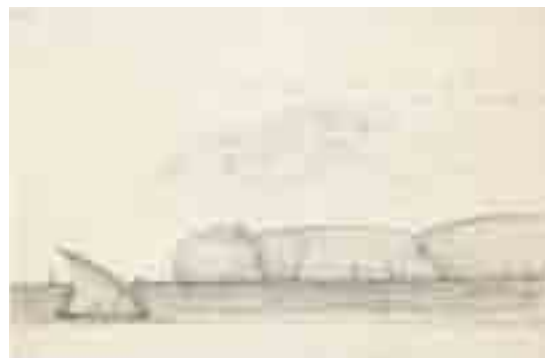
a su amigo Addington en Madrid<sup>2</sup>. La travesía podría haber sido más rápida si hubieran navegado en un barco de vapor, pero Ford se sintió más a gusto poniéndose en manos de un conocido, el capitán William Shirreff, recientemente nombrado *Port Admiral* en Gibraltar, donde fueron huéspedes del general Sir George Don, el gobernador, cuya esposa era una vieja amiga de la madre de Ford. Desde Gibraltar navegaron hasta Cádiz, permaneciendo en la ciudad poco tiempo, quizá en la “Posada Inglesa” de Walls [para Cádiz, véase *Ruta I* del *Hand-Book*].

<sup>1</sup> En la redacción de este texto y en la compilación de la cronología ha sido fundamental la ayuda de Thomas Bean, mi viejo amigo y cómplice en las “cosas de Ford”. Su inestimable colaboración ha contribuido enormemente a la precisión de sus contenidos; en cambio, todos los errores, de hecho inevitables, hay que achacárnoslos a mí. Habría que subrayar que el siguiente compendio de los viajes de Richard Ford por España no entra en demasiados detalles sobre su vida, sus actividades cotidianas y sus preocupaciones; su propensión al coleccionismo.



◀ [CAT. 28] J. F. Lewis. John F. Lewis, Richard Ford y el Capitán Boscasa [detalle]

[IL. 32] Apunte del viaje por mar hacia España



nismo y su pasión por el arte y por la arquitectura; su familia y amigos; sus observaciones, a menudo críticas, sobre la política y la sociedad españolas; su perdurable influencia en la manera de comprender y de apreciar las “cosas de España” que tienen los británicos, entre otras muchas materias. Son numerosos los temas de estudio analizados en la bibliografía selectiva general (allí se desarrollan las publicaciones mencionadas solamente por el título en las notas de este artículo). La producción literaria de Ford aparece detallada en la *Cronología* [véase el primer artículo de esta publicación: *Richard Ford 1796-1858. Cronología*], que puede ayudar a situar sus tres años en España en el contexto de su activa vida. El *Mapa* da una idea del alcance de las peregrinaciones de Ford por España.

<sup>2</sup> Henry Unwin Addington (1790-1870) ostentó el cargo de Enviado Extraordinario (*Plenipotentiary*) en Madrid entre 1829 y 1833. *The Letters of Richard Ford* es una compilación muy selectiva de las cartas escritas a Addington exclusivamente, es decir, no incluye la correspondencia de Ford con otros amigos. Una traducción de las once cartas referentes a Granada fueron publicadas en el estudio de Gámir Sandoval sobre la estancia de Ford en Granada.

[IL. 33] Cinco apuntes de la costa española



El 19 de noviembre, el grupo embarcó en un humeante barco de vapor de ruedas con paletas, construido en Inglaterra y botado poco antes en el Guadalquivir, que agitaba las turbias aguas del río hasta Sevilla, a lo largo de un poco pintoresco paisaje de lagunas salobres y dunas de arena, hasta atracar cerca de la Torre del Oro, “dorada a la puesta del sol” [*Ruta II*; para Sevilla capital, *Ruta VI*]. No mucho

después, la familia se alojaba en el número 11 de la Plazuela de San Isidro, una propiedad perteneciente a Hall Standish<sup>3</sup>, que seguiría siendo su base durante todo el invierno. Ford había sido presentado a Standish por el Vicecónsul, Julian Benjamin Williams, quien había sido sumamente hospitalario y tenía muchas “informaciones sobre arte”. Llevaba viviendo en Sevilla desde 1818.

<sup>3</sup> Frank Hall Standish (1799-1840) era un acaudalado *connoisseur* expatriado. Ford calificó su *Seville and its Vicinity*, publicada en 1840 (traducida como *Sevilla revisitada* por Francisco Hidalgo y Enrique Myro, Sevilla, 1996), de “compilación pesada y poco precisa”, y a su autor como “un bobo tristón”.



[CAT. 174]  
Gibraltar:  
Vista  
del Castillo





Itinerarios de Ford en España [lan Robertson y Martin Brown]

Antes de describir las breves excursiones de Richard Ford desde Sevilla, Madrid y Granada, así como sus expediciones más largas a través de áreas muy vastas de España –durante las cuales realizó los numerosos dibujos y acuarelas que constituyen el contenido de esta exposición– conviene hacer algunas consideraciones. Así, y aunque Ford habría adquirido los últimos horarios y las guías más recientes sobre las rutas en diligencia antes de emprender su primera expedición<sup>4</sup>, no se sabe a ciencia cierta de qué mapas dispuso cuando planeaba sus numerosos viajes, ya que España estaba muy mal servida a ese respecto, por lo que tuvo que valerse, sobre todo, de los mapas provinciales publicados antes de 1800 por Tomás López e hijo. Éstos le proporcionaron poco más que una tosca representación del terreno ya que no estaban basados en estudios trigonométricos y, aunque daban una idea aproximada de las distancias, contenían numerosas inexactitudes y tergiversaciones. La experiencia los había mostrado poco adecuados durante la Guerra de la Independencia, durante la cual se publicaron muchos mapas por parte de editores británicos –por ejemplo, los de Arrowsmith, Stockdale y Faden (de 1810, y que, en opinión del general Graham, “merecían ser quemados en la hoguera por el verdugo público”)–, aunque solo el mapa francés de Mentelle, de 1808, aparece citado en la lista de los que Ford había manejado. Hasta 1838 no se publicó el *Travelling Map of Part of the South of Spain* de Rochfort Scott, una versión revisada que sería incluida en el *Hand-Book* de Ford en 1845, junto con uno general de todo el país, que había sido impreso especialmente por John Murray. No era fácil encontrar mapas en España. En 1843, cuando Samuel Widdrington visitó Málaga, descubrió un buen plano de Granada, pero ninguna librería de Granada había oído hablar de él<sup>5</sup>.

Los primeros seis meses de Ford en España transcurrieron en Sevilla. Después de haber vivido en Londres, hizo falta algún tiempo para acostumbrarse a este cambio de escenario. Había que aprender la lengua; y había que comprarse ropa nueva, al menos para vestirse como todos los demás ya que, en caso contrario, serían “mirados e importunados por los mendigos, cuyo blanco eran especialmente los extranjeros”.

Ford, cuaderno de notas o de dibujo en mano, emplearía muchas y felices horas vagando por la ciudad, estudiando su arte y su arquitectura, a veces escogiendo algún tesoro para sí mismo, como una pintura, o escudriñando las estanterías de los librerías en su búsqueda de viejos libros *españoles*. En cuanto a fuentes impresas se refiere, solo se puede especular hasta qué punto podría haber conocido,

<sup>4</sup> Ford recomendó el *Manual* de González.

<sup>5</sup> Hasta 1848 no comenzó Francisco Coello su *Atlas* (“una compilación que honra a España”), del que, en 1853, Ford pidió a Gayangos que le enviara algunos mapas mientras estaba trabajando en la tercera edición de su *Manual*.



[Il. 34] Sevilla. Murallas del Alcázar y puerta del Patio de Banderas

o haber leído, muchos libros de historia o de viajes por España antes de residir en ella. Es posible que hubiera algunos en la biblioteca de su suegro en Cassiobury. Con mayor seguridad, fue a su vuelta de España cuando empezó a comprar profusamente lo que, junto con aquellos libros previamente adquiridos –numerosos volúmenes raros entre ellos–, se convertiría luego en una impresionante colección<sup>6</sup>. Entre ellos habría también muchos escritos por contemporáneos. Naturalmente, su biblioteca sería para él de un valor incalculable más tarde, cuando estaba escribiendo su *Hand-Book*. Aparte de algunas de naturaleza puramente histórica, la biblioteca incluía publicaciones de autoridades como Antonio Ponz, Juan Agustín Ceán Bermúdez, Isidoro Bosarte y Sebastián Miñano, mientras que entre los libros adquiridos en una fecha más tardía se encuentra la compilación de Pascual Madoz (a la que recurrió cuando trabajaba en la tercera edición del *Hand-Book*), por citar solamente unos cuantos. De las más tempranas descripciones del país en inglés, las de Edward Clarke, Francis Carter<sup>7</sup>, Henry Swinburne<sup>8</sup> y Joseph Townsend<sup>9</sup> pertenecieron a su colección, mientras que también fueron notables, entre otras, las de Christian August Fischer<sup>10</sup>, Jean-François Bourgoing y Jean-François Peyron. La última, en opinión de Ford, es “un admirable trabajo; y con mucho, es la más correcta, bonita y meditada de las que hayan surgido de la pluma o de la imprenta en Francia”<sup>11</sup>.

Ford visitaría el olivar de *Don Julián* Williams en Alcalá de Guadaíra, o bien irían a cazar juntos, en una excursión realizada al Coto del Rey. Las semanas transcurrían muy agradablemente. Algunas ocupaciones poco usuales, como leer o escribir, asombraban a los nativos, bastante predisuestos

a creer que los forasteros habían llegado de la luna. Los Ford tuvieron que habituarse a las costumbres españolas, como cenar tarde, y también asimilar sus reglas sociales; pero una vez hecho esto, cuando los españoles veían a un hombre inglés comportándose como ellos mismos, cosa que no se esperaban, su reacción era: “*He tratado con el Inglés; es tan formal y cumplido como nosotros*”<sup>12</sup>.

Más tarde, en febrero de 1831, Ford reanudó su correspondencia con Addington. Pero su ánimo estaba decaído porque la ciudad sufría los efectos de una grave inundación, aunque gran parte de su decepción procedía del hecho de que las “pintorescas y bárbaras” procesiones de Semana Santa, que normalmente constituían un amplio capítulo de las escasas y moderadas diversiones de la mayoría de los sevillanos, habían sido prohibidas debido a la tensión política del momento. Sin embargo, el clima era delicioso a pesar de las abundantes lluvias. La salud de Harriet había mejorado y sus gastos eran razonables. Ford, en efecto, estaba muy satisfecho con Sevilla: ésta aparecía ciertamente como “una de las ciudades españolas más agradables para una larga estancia”<sup>13</sup>.

El día 6 de abril, en compañía de su criado Pascual Jiménez, Ford tomó la diligencia para Madrid –tal vez la de Carsi y Ferrer– y dos o tres días más tarde iba traqueteando por esa negra llanura manchega que había hechizado, tanto antes como después, a los innumerables viajeros que la conocían. Pero en realidad, desnuda de árboles, quedaba expuesta a las ráfagas de un viento glacial que cortaba la piel o bien abrasada por un sol calcinante, y casi absolutamente desprovista de interés. La carretera, “no en el mejor estado”, era la misma que atravesaría otras cinco

<sup>6</sup> La biblioteca de Ford, llena de libros españoles, se dispersó después de su muerte: el catálogo de la venta sumaba setecientos cincuenta títulos. No es seguro que una parte de ellos fuera adquirida en España ya que, cuando describía a los libreros españoles, subrayaba que “el coleccionista de libros raros y valiosos puede estar seguro de que puede hacerse con una biblioteca española más barata y mejor en un mes en Londres que en un año en España”.

<sup>7</sup> Traducido como *Viaje de Gibraltar a Málaga*.

<sup>8</sup> José Francisco Pérez Berenguel, *Los viajes de Henry Swinburne por la España de Carlos III*, Madrid: Silex, 2011. Se trata de un estudio –no una traducción– sobre los viajes de Swinburne.

<sup>9</sup> Traducido como *Viaje por España en la época de Carlos III*.

<sup>10</sup> Traducido como *Viaje de Ámsterdam a Génova pasando por Madrid y Cádiz en los años 1797 y 1798*.

<sup>11</sup> Todos estos trabajos, y muchos otros, constituyen el objeto de Ian Robertson, *Los curiosos impertinentes: viajeros ingleses por España 1760-1855*, Madrid: Editora Nacional, 1977. Una traducción muy poco precisa de los viajes de Peyron se incluía en el tomo III de la compilación de José García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid: Aguilar, 1962.

<sup>12</sup> Las expresiones que aparecen en cursiva dentro de una cita del *Manual* o de la correspondencia de Ford figuran en castellano en el original, y se transcriben literalmente [nota de la traductora].

<sup>13</sup> El tiempo que Ford pasó en dicha ciudad se describe detalladamente en F. J. Rodríguez Barberán (coord.), *La Sevilla de Richard Ford 1830-1833*, Sevilla: Fundación Cajasol, 2007. Se trata del catálogo de la exposición que tuvo lugar en Sevilla.



[CAT. 59] Sevilla. Nazareno

veces durante su estancia en España, posiblemente razón por la cual recomendó a los viajeros que, si podían, durmieran una vez pasado el impresionante desfiladero de Despeñaperros. El tedioso viaje duró cuatro días y medio, llegando a Madrid la mañana del quinto. Del recorrido completo, Córdoba era “la única cosa que vale la pena visitar”, aunque la diligencia no se detuvo allí, haciéndolo en cambio en Valdepeñas, donde el vino “para saborearlo de verdad, debe ser bebido en su lugar de origen” [*Ruta VIII*]. En Aranjuez, como en otros lugares, la posada



[IL. 35] Paso de Despeñaperros (Jaén)

de la diligencia era la mejor: “*La de las cuatro naciones*, regentada por un inglés, no se distinguía ni por su trato amable ni por sus precios moderados” (citando, posiblemente, la experiencia de un viajero posterior). Un oasis tan poco frecuente como Aranjuez podía ser muy agradable para una excursión. Según le habían contado, cuando la corte tenía aquí su residencia, los *grandes*, “adecuadamente montados en burros, realizaban *borricadas* en el bosque [...] porque cuando un *Madrileño* se empeña en divertirse entre árboles reales, se vuelve tan loco



como una liebre marcera”. Pero en lo que respecta al palacio, éste “apenas merece una visita” [*Ruta CII*].

Durante las tres semanas siguientes, Ford fue huésped de Addington en la calle de Alcalá. Pasaba una gran parte de su tiempo en el Museo del Prado, “un enorme, pesado y corriente edificio”; aunque no es seguro que estuviera “abierto al público el sábado y el domingo, y todos los días para los extranjeros que presenten su pasaporte”. No obstante, después de reprobado la tosca “restauración” [sic] que estaban llevando a cabo por entonces –“en toda la colección no ha quedado más que un único Murillo”–, Ford se sintió abrumado por las muchas “perlas de gran valor de esta galaxia del arte”, y volvería allí con frecuencia para estudiar sus numerosos lienzos, “pues ver cuadros es mucho más fatigoso de lo que la gente se piensa, ya que hay que estar de pie todo el tiempo y, junto con el cuerpo, la mente está también ejercitándose al tener que juzgar, y se agota a causa de la admiración”. Sus preferencias entre los artistas españoles son obvias: el primero, Velázquez, y luego Murillo, mientras que al Greco lo critica por ser “muy desigual: pues lo que él hizo bien fue excelente, mientras que lo que hizo mal, fue peor que lo de cualquier otro. A menudo éste era más alargado [sic] y extravagante que Fuseli y más pesado que la enfermedad del cólera”. Se ha achacado a Ford que no apreciara suficientemente a Goya y, sin embargo, se refería al pintor como el único con talento entre los artistas más recientes y decía que algunos de sus trabajos se encontraban “entre la mejor producción del arte moderno español”.

Ford fue uno de los primeros viajeros en apreciar el contenido de la Armería Real, “una de las más hermosas armerías del mundo”, no saqueada ni por los patriotas ni por los depredadores extranjeros que

la invadieron. En menor medida le impresionó el Palacio Real, que aunque era tachado de grandioso y verdaderamente regio, en su opinión, “no hay nada tan tedioso como un palacio, una casa llena de terciopelos, tapices, oro y metales preciosos y pesadez [sic]”; en lo que respecta a los palacios de los *grandes*, muy pocos contenían algo digno de ser mencionado, y de todas las sombras de sus desaparecidas grandezas ninguna era tan insustancial. De mayor interés y diversión le resultaron los paseos por el Paseo del Prado, “verdaderamente un escenario español”.

A pesar de que, según todas las apariencias, Madrid estaba rodeada de poco más que de un “incoloro y calcinado desierto, horrible pelado de hierba y de árboles” en el que había tan pocas tentaciones naturales que ninguna persona en su sano juicio habría abandonado la capital ni siquiera por un día, el pasaporte de Ford registra algunas breves excursiones en diligencia a Toledo; a la “desvaída y empobrecida” Guadalajara, donde el gran Palacio del Infante estaba abandonado desde que los franceses lo destruyeron [*Ruta CXIII*]; y también a Segovia –que, junto con El Escorial, iba a volver a visitar en noviembre de 1831–, “en su conjunto, un buen ejemplo de ciudad castellana anticuada” [*Ruta XCIX*]. No es seguro que la diligencia se detuviera en la cercana San Ildefonso durante algo más de unos breves instantes, pero el *Hand-Book* le dedica gran número de páginas: bastante información pudo haber sido extraída de la guía de Santos Martínez Sedeño de 1825.

Naturalmente, muchas más páginas describían a la “Imperial Toledo” [*Ruta CL*] –revisitada también posteriormente– que “cuando se ve desde lejos, nada puede haber de más imponente”. Pero, como Ford iba a avisar a su lector: “Que ningún magnate de la indus-

tria algodonera, ni por dinero ni por placer, visite esta lóbrega, silenciosa e inerte ciudad, carente de comercio, de industria, de bancos y de fábricas; aunque para el pintor, el poeta y el anticuario, esta capital enviudada de dos dinastías sea en verdad interesante y capaz de sacarnos fuera del presente; es una ruina viviente”.

El 5 de mayo Ford tomó la diligencia de Badajoz, contento de marcharse de la capital. Así iba a comentarlo más tarde: “Una semana bastará para ver las maravillas de la única ‘corte en el mundo’, cuyos *Museos* se encuentran entre los más bellos de Europa; [pero] afortunado el hombre que luego se escape a Ávila, al Escorial y a Segovia, o quien se dirija a la romántica Cuenca por la imperial Toledo y los jardines de Aranjuez; aquél que se sacuda cuanto antes el polvo de sus pies y permanezca el menor tiempo posible en Madrid probablemente la recordará con más satisfacción”<sup>14</sup>. Fue en Talavera –“llena de hermosos destellos para el cuaderno de dibujo”– donde Ford pudo recorrer el primer campo de batalla de España, en el que había luchado su héroe el duque de Wellington. Más tarde, cuando estaba redactando su *Hand-Book*, tan marciales emplazamientos y escenas aparecieron abundantemente en las descripciones escritas para los turistas militares<sup>15</sup>. Atravesó el Tajo por Almaraz en un pesado ferry –el puente, destruido durante la Guerra de la Independencia, estaba aún sin reparar– antes de llevar a cabo el largo ascenso al puerto de Miravete para acercarse a Trujillo, otro lugar para el artista, “rico en antiguas puertas hechas con piedras ciclópeas romanas y torres de apariencia morisca”.

Ford llegó a Mérida al día siguiente, alojándose en la posada de la carretera de Madrid, por sus vistas y su excelente vino, y por la noche paseaba hasta salir por el acueducto de ladrillo y granito de Los Milagros



[IL. 36] Toledo. Paisaje del entorno

para contemplar la magnitud de los derruidos monumentos de la poderosa Roma. Era una escena solitaria; todo silencio “excepto por las ranas que croan en el pantano y las cigüeñas que chasquean sus picos desde lo alto de las arcadas, en las que construyen sus inexpugnables nidos”; arcadas que, cuando estaban completas, nunca fueron tan conmovedoramente pintorescas. Sintió que Mérida, por muy anodina que fuera como ciudad, “había sido extrañamente olvidada por nuestros artistas, arquitectos y escritores, quienes demasiado a menudo sólo recorren una y otra vez las mismas sendas trilladas” [*Ruta LV*, en sentido inverso].

En Badajoz, la topografía del lugar fue, comprensiblemente, de mayor interés que su insignificante catedral, pero al ser una fortificación de frontera “se mostraba muy celosamente frente a todos los

<sup>14</sup> A pesar de lo que aparece en sus escritos, Ford no visitó nunca personalmente ni Ávila ni Cuenca, y tuvo que recurrir a la palabra de otros –Widdrington, en el caso de Cuenca– en lo referente a algunas informaciones, tanto prácticas como de otro tipo; sin embargo, sus descripciones de ambas ciudades son ejemplos característicos de la extraordinaria capacidad de Ford para inculcar verosimilitud en la descripción de aquellos lugares que se apartan de sus “rutas más frecuentadas”. Samuel Edward Cook (hasta 1840) y luego Widdrington (1787-1856) fueron los autores de *Sketches in Spain...* (1834) y *Spain and the Spaniards, in 1843* (1844).

<sup>15</sup> Puede consultarse Ian Robertson, *An Atlas of the Peninsular War*, Yale: Yale University Press, 2010.

extranjeros entrometidos” [véase el comienzo de la *Sección VII*]. Después de atravesar el *sangriento* campo de batalla de Albuera, Ford cruzó Sierra Morena –“un espléndido, salvaje, baldío y deshabitado lugar, lleno de halcones, perdices, y cistus”– para retornar a Sevilla, donde encontró a Harriet y a su familia en muy buen estado. Al confirmar su regreso sano y salvo al hogar, le comentó a Addington que había sido “un viaje muy próspero y bastante interesante” [*Ruta X*]. Ford se trajo numerosos bocetos que había realizado, lo cual no siempre resultó fácil; en realidad, era una actividad arriesgada, pues como escribió más tarde: “Nada [...] crea más desconfianza y más envidia que un extranjero dibujando o tomando notas en un libro: cualquiera que sea observado *sacando planes, mapeando el país* [pues éstas son las expresiones del más simple de los apuntes] es considerado un ingeniero, un espía, y, en cualquier caso, alguien que no debe ser bueno. Las clases más bajas [...] tienen una idea vaga y misteriosa de los extranjeros y de su nada comprensible manera de proceder; quienquiera que sea visto trabajando es inmediatamente denunciado a las autoridades civiles y militares y, de hecho, en cualquier lugar recóndito, siempre que llega un desconocido, por lo raro de dicha aparición, es observado por todos los observadores [sic]”. Los españoles no pueden comprender “por qué un hombre está dispuesto a afrontar problemas y dispendios [...] con la mera finalidad de adquirir conocimientos sobre los países extranjeros, o para su propio provecho o diversión. Es más, cualquier investigación particular o cualquier pregunta hecha por los extranjeros sobre cosas que los nativos no consideran dignas de observación, es comentada y tergiversada [...]. Los mismos nativos conceden poca o ninguna importancia a los paisajes, las ruinas, la geología, las inscripciones y así sucesi-

vamente, y consideran que lo que ellos ven cada día, no puede ni debe ser más interesante para un extranjero. Ellos lo juzgan con su propio rasero; pocos hombres dibujan alguna vez en España, y los que lo hacen son considerados profesionales y empleados de otras personas”. La depredación llevada a cabo por los franceses durante la reciente guerra era una excusa para el recelo que sentían hacia los extranjeros las autoridades locales, especialmente en los lugares poco frecuentados, “cuando miran con desconfianza cualquier extraño ojo bárbaro que parece espíar a su alrededor”. En realidad, “pocos Augures de la antigüedad pueden rivalizar con los alcaldes españoles de hoy en la rapidez de su sospecha y en la percepción del mal, especialmente cuando nadie tiene intención de hacerlo”. Sin embargo, “en Sevilla, Granada, y en aquellos lugares en los que los artistas extranjeros son bastante más frecuentes, el hecho de pintar puede ser pasado por alto con conmisericordia y menosprecio”.

A menudo, cuando va a ver algo, el viajero deberá enfrentarse a unas barreras aparentemente inexpugnables y a toda una serie de obstáculos imprevistos, avisaba Ford, pero cualquiera que fuese el impedimento que los guardas oficiales pudieran poner, no había que abandonar la búsqueda. “No, suele ser su respuesta natural; ni siquiera el hecho de poseer un orden o un permiso especial significa en absoluto una admisión segura. De este modo, deberá congraciarse con el guarda que, aquí como en cualquier otra parte, considera el objeto que tiene a su cuidado como algo de su propiedad y fuente de regalía”<sup>16</sup>. “A menudo, cuando se ha realizado un gran esfuerzo a causa del calor y del polvo, para ir a alguna lejana iglesia, o museo o biblioteca o lo que sea, después de mucho llamar a la campanilla y esperar, le in-

<sup>16</sup> Recuerdo mi propia experiencia de hace treinta y cinco años, cuando visité el Museo Diocesano de Segorbe, en el que un guarda con ojos de lince, al darse cuenta de que llevaba un cuaderno, me informó severamente de que podía sacar fotos, ¡pero *no* tomar notas!



[CAT. 103] Tipos populares. Cuatro apuntes



formarán secamente de que está cerrado, de que no puede verse, de que es el día equivocado, que deberá llamar de nuevo mañana; y si es el día correcto, entonces le dirán que es la hora la equivocada, que llega usted demasiado temprano o demasiado tarde; muy probablemente será la esposa del guarda la que le informe de que está fuera, de que ha ido a misa, o al mercado, o a cenar, o a dormir su *siesta* o, si está en su casa y despierto, jurará que su esposa ha extraviado la llave, ‘como hace siempre’. Si no os dan éstas u otras excusas, y es usted perseverante, le asegurarán que no hay nada digno de ser visto, o le preguntarán por qué quiere verlo. Por regla general, no debemos dejar que nos disuadan de visitar nada, porque un español de clase alta opine que el objeto no es digno de atención; tratará de convencerle de que Toledo, Cuenca, y otros lugares que no tienen parangón en la Cristiandad, son feos, detestables y viejas ciudades; se avergüenza de ellas porque sus calles estrechas y tortuosas no están hechas a cordel, tan derechas como Pall Mall y la Rue de Rivoli”.

Volviendo al asunto de la curiosidad frustrada, Ford insiste: “No hay que admitir nunca una respuesta si ésta es negativa; no perder nunca las maneras ni la cortesía; y finalmente, hay que dejar que se oiga inmediatamente el tintineo del metal; si el jefe o el gran hombre es inexpugnable, averigüad quién es el desgraciado que guarda las llaves, o la vieja que barre el cuarto; y entonces enviad a un discreto mensajero a decirle que estáis dispuesto a pagar para que le deje entrar, y que no diga ‘nada a nadie’. De este modo conseguirá siempre ver lo que quiere, incluso si un oficial ordena lo contrario. Durante nuestra primera estancia en Madrid, aún inexperto en estas cosas de España, estábamos deseosos de obtener un permiso para entrar todos los días en una galería

real que estaba abierta al público solamente unos días de la semana determinados. Ante este grave dilema consultamos a un sabio y experto diplomático, y ésta fue su misteriosa respuesta: ‘Cierto, si así lo desea, yo le haré la petición al Señor Salmon’ (el Secretario del Interior en aquel momento), ‘y le rogaré que le conceda el permiso correspondiente, como un favor personal para mí. Por cierto, ¿cuánto tiempo más piensa permanecer aquí?’ ‘De tres a cuatro semanas’. ‘Bien, entonces, más o menos un mes después de que se haya ido, yo podría conseguir una prolija y amable epístola de su Excelencia, en la que éste lamentará profundamente que, al buscar en los archivos de su despacho, no ha encontrado ninguna instancia que pruebe que semejante petición hubiera sido concedida, y que él se ve obligado, contra su voluntad, a volver a negarla, por miedo a que se cree un precedente. Mi consejo es que le dé un dólar al portero, y que repita esta acción siempre que le parezca que los goznes de la puerta se están oxidando y necesitan ser engrasados’. El consejo fue escuchado, al igual que la idea del soborno, y las entradas prohibidas se abrían con tanta normalidad que al final hasta reconocían el sonido de nuestros pasos”.

Sevilla *no* era ciertamente el mejor sitio para pasar el verano si se podía evitar, de modo que sólo quince días después de su regreso, Ford salió con su familia para Granada, viajando en diligencia vía Écija y Córdoba que, exceptuando su antigua mezquita –“no se puede describir, es necesario verla”–, la describió como “un pobre lugar boeciano [sic] [...] que se ve en poco tiempo”. De allí fueron a Andújar, donde se cambiaron a un *coche de colleras* y, escoltados por nueve migueletes, se dirigieron hacia el sudeste hasta Jaén –“muy llamativa” bajo su castillo que corona el cerro, pero con “la peor fonda



[CAT. 169]  
Jaén. Vista con el Castillo de Santa Catalina



de España” (al menos, la peor encontrada hasta ese momento en sus viajes)–, de dónde salieron a las tres de la madrugada siguiente para llegar a Campillo de Arenas, deteniéndose a saborear un *guisado de perdices* y una ensalada en una *venta* antes de seguir una bien diseñada carretera de montaña inaugurada sólo tres años antes; pero quedaba un fatigoso viaje de diecisiete leguas hasta Granada [*Ruta XIV*].

En Granada, el general O’Lawlor les consiguió generosamente el alojamiento del gobernador en la Alhambra, donde sin duda pudieron estar frescos y confortables<sup>17</sup>. Al llegar, Ford se encontró muy ocupado supervisando a una tropa de pintores y carpinteros encargados de poner las habitaciones reservadas para ellos “en un estado más habitable”, pero pronto estuvieron “confortablemente instalados”, y Harriet estuvo haciendo “los más meticulosos y hermosos dibujos de los interiores de este lugar encantador”. En opinión de Ford, “en verdad arte y naturaleza se han combinado para hacer de Granada, con sus montañas, sus llanos y su Alhambra, uno de los pocos lugares en donde se cumplen las más favorables expectativas”, y su altitud convertía la ciudad en “la más deliciosa de las residencias veraniegas”, aunque la vida social era bastante anodina, al menos para aquellos “que llegan de Sevilla”, porque “sus habitantes no parecen ni tan bien vestidos, ni tan alegres ni tan inteligentes. Hay menos *majos*, y las mujeres son menos andarinas y habladoras”. En comparación, además, Granada estaba “estancada en una ignorancia iletrada” [*Ruta XXIII*].

Addington los visitó a mediados de agosto y juntos hicieron numerosas excursiones, incluida la ascensión al Picacho del Veleta. El 8 de septiembre, tras la marcha de su invitado, Ford y su esposa, dejando

a los niños en las expertas manos de sus niñeras, emprendieron un arduo viaje de diez semanas por el sudeste de España y por la costa levantina hasta Barcelona, antes de poner rumbo al oeste, vía Zaragoza, hasta Madrid, para regresar desde allí a Granada. Ford partió a lomos de un caballo y Harriet en una *burra*, mientras su criado Pascual Jiménez los seguía con una *tartana* cargada con el equipaje. Éste incluía una mosquitera y “un montón de clavos fuertes para ponerlos en las paredes y así poder colgarla, y un buen martillo con el que clavarlos así como un pequeño taladro, que es siempre útil y a menudo sirve para poner un gancho o una percha donde colgar la ropa, artículos básicos que no se encuentran fácilmente cuando se los necesita”. La primera ciudad que atravesaron fue Guadix, “donde las lomas ascienden fantásticas hasta formar figuras cónicas y piramidales [...] con cuevas excavadas que son el hogar del pobre”. Luego Baza, cuya *posada* era “espaciosa y buena”, aunque no podía decirse lo mismo de la pintorescamente situada Vélez Rubio, adonde llegaron después de una “horrible cabalgada de varias millas”. Al día siguiente atravesaron la provincia hacia Lorca, dejando atrás el castillo en ruinas de Xiquena y los restos del pantano de Lorca. Lorca era “una vieja y destartada ciudad [...] con una *posada* decente” y un castillo digno de ser visitado. En su avance pasaron por Librilla, “el cuartel general de los gitanos murcianos, cuyos trajes son muy alegres y adornados”. La vegetación, allí donde había agua, se convertía ahora en tropical, “altos y rumorosos juncos y enormes aloes que se elevan a modo de candelabros [...] entremezclados con palmeras y girasoles gigantes”, hasta llegar a Murcia, situada en un nivel más alto que su “huerta de moras, maíz dorado y pimientos rojos”; no obstante, “un día será suficiente para Murcia”, ya que contiene “poco arte”

<sup>17</sup> Joseph O’Lawlor (1768-1850), nacido en Irlanda, había vivido en España desde 1785 y junto con el general Álava, estuvo durante la Guerra de la Independencia a las órdenes de Wellington, cuya hacienda del Soto de Roma administraría más tarde. Después de la guerra llegó a ser Capitán-General de Andalucía, cargo que mantuvo hasta finales de 1833.

y su catedral, desgraciadamente –con su torre “que se alarga como un telescopio” y a la que merece la pena subir para contemplar las vistas–, había sido dañada dos años antes por un terremoto. La ruta de Ford continuó por Orihuela, villa rural con una pequeña pero noblemente emplazada catedral, y pasó por Callosa, debajo de un “cerro coronado por un castillo”, para llegar a Elche, “una ciudad con tantas palmeras en la que solo faltan los beduinos”. La iglesia de Santa María era lo mejor. Desde aquí llegaron a la cercana Alicante, “un lugar puramente mercantil [...] con gran afición al contrabando, especialmente en la costa salvaje cerca de Benidorm” [*Ruta XXIX*].

La carretera de la costa hasta Valencia, pasando por Denia, no era aún más que un mero proyecto. El carril seguido por Ford subía tierra adentro a través de Xixona, antes de dar un rodeo al noroeste hacia Ibi –un recorrido “lleno de escenarios italianos, pinos piñoneros, cipreses e higueras”– hasta llegar a Alcoy, una decepción, ya que estaba “ocupada por fábricas de lana basta y de papel”. Atravesando Cocentaina, poco tiempo después llegaron a Xàtiva, que Ford describió como “una de las ciudades más pintorescas de España, incluyendo a Granada” [*Rutas XXXVI y XXXVII*].

El 24 de septiembre, después de “un magnífico viaje por la montaña, lleno de viejas ciudades colgadas en las rocas y protegidas por castillos en ruinas, estrechas gargantas, precipicios y torrentes”, atravesando campos de arroz y una exuberante *huerta*, asados por el sol y acribillados por los mosquitos, llegaron a Valencia. Allí se quedaron una semana [*Ruta XXXVI*], pues las posadas eran “muchas y buenas”, y también la ciudad era “rica en paseos agradables”.



[CAT. 111] Xixona (Alicante). Vista general

Los edificios y los monumentos de Valencia serían descritos por Ford más detalladamente que los de otras ciudades. Se sintió más atraído por una pintura de Ribalta que acababa de descubrir que por sus hermosas mujeres. Era una “estupenda pintura”, anunció con orgullo a Addington (y, en verdad, fue una de las más importantes obras de arte que iba a adquirir), añadiendo que, lamentablemente, “las pinturas que atesoran aquí [en Valencia] son infinitas, casi tantas como en Sevilla, aunque aún más descuidadas y olvidadas, si ello es posible, [...] arruinándose a causa del descuido, la humedad, el polvo y el humo”.

Ford dispuso de muy poco tiempo para pintar o dibujar durante su estancia allí y solamente hizo un dibujo de la vecina Sagunto, en el Campo de Murviedro, que atravesaría en la etapa siguiente de



su viaje. Para ir a Sagunto cambió su modalidad de transporte –tal vez Harriet estuviera harta de cabalgar y, por otra parte, había dispuesto enviar a Granada las pinturas adquiridas mediante un transportista de confianza–, así que ambos tomaron la diligencia que seguía la costa hasta Barcelona [*Rutas XL, XLII y XLIII*].

Como escribiría más tarde: “Uno de los muchos buenos efectos de viajar en diligencia [era el de] mejorar las posadas del camino; y es una regla general y segura para los viajeros en España, cualquiera que sea su vehículo: hay que preguntar siempre, en todas las ciudades, cuál es la posada en la que para la diligencia. Desde Madrid se enviaba a algunas personas a las diferentes estaciones de las grandes líneas para preparar casas, dormitorios y cocinas y abastecerlas de todo lo relacionado con el servicio de mesa; también se enviaban cocineros para que enseñaran a los que regentaban las posadas a preparar almuerzos y cenas. De este modo, en pueblos en los que hace unos pocos años el uso del tenedor era escasamente conocido, había una mesa preparada, limpia, bien servida y con comida abundante. El ejemplo que daban las posadas de las diligencias ha producido un efecto beneficioso, en la medida en que ofrecían un modelo, creaban competencia y aseguraban la existencia de muchas comodidades que todavía eran desconocidas para los españoles”.

La diligencia se detendría bastante tiempo en la “miserable” Amposta, donde Ford cruzó el Ebro en un incómodo ferry para poder hacer un boceto. En Tarragona se encontraban las murallas ciclópeas, que lo impresionaron de forma especial, pero no había mucho más que fuera digno de ser remarcado salvo la “catedral y las fortificaciones” porque, lamenta-

blemente, los “muchos restos de la Antigüedad” que se encontraban allí constantemente habían sido o estaban siendo “enterrados de nuevo o destrozados”.

A Ford no le cayeron bien los catalanes, aun admitiendo que eran “los mejores posaderos de España, [...] limpios, diligentes y estaban entre los cocineros menos malos, [...] si bien eran maleducados, insociables y poco amistosos con los extranjeros”. Comentó que le habían dicho que los barceloneses, “aunque toscos en sus maneras [...] cuando se los conocía bien [...] eran leales, sinceros y honorables; unos diamantes en bruto” [*Ruta XLIII*]. Aunque Barcelona era una hermosa ciudad, “no parecía española” y, en opinión de Ford, “salvo para los viajeros cuyo fin sean los negocios, unos pocos días



[Il. 37] Barcelona. Tipo popular (Catalan drinking from Porron)



[Il. 38] Monasterio de Montserrat (Barcelona)

serían suficientes”; cuatro, en su caso. Tomó la precaución, antes de hacer ninguna excursión por el interior, de obtener un pasaporte del conde de España, por entonces el Capitán General de Cataluña.

Una vez reservadas las plazas en la diligencia de Igualada a Zaragoza, y enviado el equipaje por delante, Ford y Harriet llevaron a cabo una corta expedición, vía Esparraguera, hasta Montserrat, donde dedicaron una mañana a explorar la montaña pintorescamente recortada en forma de sierra antes de

llegar a Manresa, “un pintoresco recorrido [...] entre peñas, pinos y arbustos aromáticos”, y a Cardona, con su famosa montaña y su mina de sal gema. De vuelta en Manresa, alquilaron un guía, cosa “esencial” para el agotador recorrido hasta Igualada, “que les ocupó la mayor parte de un día de octubre”, y allí esperaron la diligencia tal y como habían planeado [*Ruta XLIV*]. El camino hacia Zaragoza recorría el oeste, vía Cervera y Lleida –“carente de interés”; la catedral, en lo alto de la colina, había sido salvajemente profanada durante su largo uso como cuartel–, hasta Bujaraloz, un oasis en el interminable desierto de los Monegros [*Ruta CXXVI*, en sentido inverso].

En la capital aragonesa entraron el 18 de octubre, con una tremenda tormenta, durante el viaje la diligencia se atascó en el barro en numerosas ocasiones. A Ford le decepcionó Zaragoza, una anodina, lúgubre y anticuada ciudad con edificios de ladrillo, en cuya zona vieja “la mayor parte de sus calles eran tortuosas, mal pavimentadas y peor iluminadas, a excepción de El Coso”. No había ningún lugar donde “el viajero pudiera detenerse durante largo tiempo”. Muchas casas, “aún horadadas y llenas de marcas de disparos”, cicatrices del asedio francés, estaban en ruinas o “en manos de los agricultores”, que hablaban de bueyes en salones señoriales y convertían los nobles *patios* en almacenes y muladares. Describió El Pilar como un “templo teatral dedicado a la Gran Diana, porque nos encontramos en la Éfeso de la Mariolatría”, un culto por el que había sentido siempre escasa simpatía [véase el texto que sigue a la *Ruta CXXV*].

La intención de Ford habría sido la de continuar hacia el noroeste hasta Burgos, pero como esta op-



[CAT. 197] Monasterio de San Lorenzo del Escorial. Vista desde la distancia

ción se demostró impracticable, tomaron la diligencia que pasaba por Calatayud y la fría Medinaceli hasta llegar a Madrid, donde les esperaba una cálida bienvenida por parte de Addington [*Ruta CXII*, en sentido inverso]. Allí permanecieron desde el 25 de octubre hasta el 13 del mes siguiente, estancia que aprovecharon para visitar Segovia, El Escorial y Toledo, por primera vez en el caso de Harriet.

Más tarde Ford escribiría que “El Escorial decepciona a primera vista, cuando uno tiene muy altas las expectativas; pero ése es el castigo a la crédula

esperanza de los viajeros ya que irán allí esperando demasiado, a pesar de su experiencia en ilusiones que se desvanecen”. Efectivamente, se encontró con que el edificio no tenía “nada, ni en la forma ni en el color, que fuera real, religioso o antiguo [...]. Las cualidades que lo redimen son sus medidas, su sencillez y su situación”. Provisto de la *Descripción artística* de Damián Bermejo, de 1820, Ford hizo algunos apuntes a lápiz allí mismo, mientras era conducido a través de sus fríos pasillos por Cornelio Burgos, el legendario guía ciego que veía claramente con los “ojos de la mente”, conocía cada rincón y

“señalaba especialmente sus vistas más hermosas”. En el *Hand-Book*, Ford describió la galería norte con la misma vena irónica. Allí había un pasaje subterráneo, excavado en 1770 “para permitir la comunicación durante los huracanes del invierno que, según dicen las guías, una vez levantaron por los aires a un embajador, con carroza y todo, por no hablar de las faldas de los monjes y de las mujeres hinchadas como balones, y de los cortesanos que eran sacados de sus dormitorios por un remolino y que daban vueltas y vueltas como si fueran hojas muertas. Por este pasaje, si la fama no miente sobre los santos célibes, se introdujeron muchas damas atractivas”. En lo que respecta a las reliquias, El Escorial decepcionaría también al devoto, porque “Felipe II era un *maníaco de las reliquias* y coleccionaba huesos, etc., con más avidez que Tizianos; por consiguiente todos aquellos que deseaban ganarse su favor le enviaban dientes auténticos, dedos, etc., que él mandaba engarzar en oro y plata, [...] pero La Houssaye [el general francés] se llevó todos los lingotes de oro y dejó las reliquias en el suelo. Cuando se marchó, los monjes las recogieron en canastas, pero en medio de la confusión muchas de las etiquetas se quedaron desprendidas, de modo que las distintas piezas no han podido hasta ahora ser identificadas con esa escrupulosa exactitud y respeto por la verdad que todo el mundo sabe que debe observarse en todos los *Relicarios*”.

Llegar a Toledo o a cualquier otra ciudad en coche no era siempre un asunto fácil. En una ocasión, cuando planeaba visitarla, Ford se vio envuelto en un altercado que él mismo relata de forma inimitable: “*Señor, tenga Usted la bondad*. ‘Señor mío, le dije a un voluminoso y pomposo funcionario, encargado de la reserva de plazas en la diligencia para Toledo, tenga la bondad, su gracia, de reservarme

un sitio para el lunes 7’. ‘Me temo’, replicó con gran cortesía, puesto que el *negocio* había sido iniciado prudentemente ofreciéndole un Havannah auténtico, ‘que su señoría ha cometido un error en la fecha. El lunes es el día 8 del corriente’ (lo cual no era cierto). Pensando en arreglar el asunto, le entregamos, con una inclinación, el almanaque del año, que por azar llevábamos en nuestro libro de bolsillo. ‘Señor’, dijo él con gravedad, después de examinarlo debidamente, ‘Yo sabía que era correcto; éste fue impreso para Sevilla’ (lo cual es cierto) ‘y nosotros estamos aquí en Madrid, que es *otra cosa*, es decir, enteramente otro asunto’”.

En contraste con El Escorial, cuando volvió a visitar Toledo le siguió pareciendo realmente interesante para el pintor, el poeta y el anticuario, aunque su



[IL. 39] Toledo. Puente de Alcántara y castillo de San Servando



[IL. 40] Toledo. Vista con el Puente de Alcántara



“diseño de calles” era complicado, tan poco regulado como unos *guerrilleros*; no había ninguna que discurriese en paralelo o derecha; todas se torcían y giraban entre macizos de casas “para llegar a los finales más ilógicos”. Nueve páginas del *Hand-Book* iban a ser dedicadas a la catedral, aunque los recientes expolios y robos tendían a deslucir su antigua magnificencia. La biblioteca capitular contenía también algunas cosas hermosas, “pero nada es menos satisfactorio que una precipitada *mirada* a los libros [...] y especialmente cuando un canónigo hambriento o con ganas de siesta está bostezando a tu lado, arrepintiéndose de haber abierto la puerta de la prisión”.

Era el momento de volver a Granada, un viaje hecho en diligencia hasta Andújar y, desde allí, cabalgando a través de la sierra, cruzar de nuevo por Jaén y Campillo antes de descender por la abandonada Benalúa. El 19 de noviembre estaban de vuelta en la Alhambra con los niños; pero se la encontraron “en un *cruel* estado; el Patio de los Leones y la Sala de los Abencerrajes no eran más que un montón de escombros, basura y suciedad”, y las escaleras de los convictos que trabajaban en su restauración “cada día destruían una parte de los delicados trabajos de estuco”. Sin embargo, al menos la pólvora que allí se almacenaba iba a ser sacada del palacio de Carlos V, gracias a las reiteradas protestas elevadas previamente por Addington a las incompetentes autoridades.

Harriet estaba agotada por el esfuerzo de viajar continuamente: no se encontraba nada bien y Ford se sentía inquieto al respecto. Quince días más tarde la familia volvió a Sevilla en una *galera* vía Loja, Archidona y “la bien construida” Antequera, donde

giraron al noroeste a través de Alameda, “por medio de sus *encinares*”; después, Aguadulce hasta Osuna, El Arahal y Gandul (cerca de Alcalá de Guadaíra). El viaje completo, durante el cual la *galera* iba siguiendo lo que “apenas podría denominarse una carretera, si bien era practicable para los carruajes durante el verano”, duró seis días [*Ruta XI*].

El grupo llegó a Sevilla el 9 de diciembre de 1831 y, tal y como había dispuesto con anterioridad, fue a alojarse a una mansión de la calle de los Monsalves. Allí sus vidas reanudaron el curso tranquilo de antaño. Entre tanto, el amigo de Ford, Sir William Eden, había llegado para pasar el invierno en Sevilla<sup>18</sup> y organizaron algunas partidas de caza para pasar el tiempo. Cuando los locales veían a Ford abatir “diez o veinte parejas” de agachadizas o de perdices, lo atribuían, “o bien al demonio, por quien muchos extranjeros creen que nuestros compatriotas están poseídos –*son demonios esos ingleses*–, o bien a la perfección de su arma”.

En marzo de 1832, Ford partió en una expedición a caballo de dieciocho días “recorriendo los montes de Ronda”. Llegó primero a Cádiz para presentar sus respetos a John Brackenbury<sup>19</sup>, apreciar sus pinturas y beber su Jerez. Como residencia, Ford encontró el lugar anodino, una prisión marina que podía verse en un solo día. Su nuevo museo contenía solamente pinturas de segunda categoría (pues los *zurbaranes* de la Cartuja de Jerez aún no se habían trasladado allí) y la catedral se erguía “como los restos de un navío encallado en arenas movedizas”. Las *gaditanas* eran otra cosa y el mejor sitio para verlas, la Alameda, donde “caminan con el desparpajo, el equilibrio y la tendencia a encontrar rápidamente el centro de gravedad que caracteriza a las gamuzas”.

<sup>18</sup> Fue a Sir William Eden (1803-1873) a quien Ford iba a dedicarle su futuro *Manual*, “en memoria de los placenteros años pasados en la querida España”.

<sup>19</sup> John MacPherson Brackenbury (1778-1847) era el cónsul británico en Cádiz desde 1822 y aún permanecería allí una década más.

<sup>20</sup> Fue aquí donde, veinte años antes, Sir Thomas Graham, al mando de una pequeña fuerza británica, y a pesar de que sus aliados españoles lo dejaron en la estacada, había derrotado valerosamente a los franceses del mariscal Claude-Victor Perrin.



[CAT. 42]  
Sevilla. Palacio de los Monsalves

Volviendo a enfilear La Calzada, el estrecho malecón que se dirige hacia Cádiz, Ford rodeó Chiclana –“un desagradable lugar [...] lleno de desagües al descubierto”–, para eludir el campo de batalla de La Barrosa<sup>20</sup> antes de girar tierra adentro hacia Medina Sidonia; pero se encontró con que esta última “no merecía una visita”. Como muchas de esas ciudades en alto “que brillan con el resplandor del sol [...], con el encanto que les presta la distancia parecen la morada de las hadas”, cuando en realidad eran “antros de suciedad, ruina y pobreza”, y pronto se desvaneció toda ilusión. Volviendo a tomar la carretera de la costa en Vejer, cerca del Cabo Trafalgar, que le ofreció a través del Estrecho una vista lejana de África, Ford llegó a



[IL. 41] Cádiz. Vista desde el mar

Tarifa, cuyas “destruidas murallas podrían derribarse a naranjazos”, y sus mujeres cubren aún los rostros con una *manta* negra desde la que “unos ojos brillan y te traspasan limpiamente como un proyectil”<sup>21</sup>. Tras sobrevivir a ese *tiroteo*, a la mañana siguiente Ford emprendió una excursión de diez horas a través de la sierra, que le proporcionó paisajes como los de Salvatore Rosa, con el Peñón de Gibraltar acostado como un león en medio de su bahía, e hizo un apunte de la panorámica antes de descender hasta Algeciras, una sólida ciudad en un agradable rincón [véase justo antes de la *Ruta I*].

En Gibraltar, Ford presentó sus respetos al general Houston<sup>22</sup>, el sucesor de Don, antes de dirigirse hacia el norte a través de San Roque (residencia veraniega de muchas familias inglesas del Peñón) para escalar hasta la romántica ubicación de Gaucín. El camino en ascenso ofrecía numerosas vistas hacia lo ya recorrido [*Ruta XXI*, en sentido inverso]. Al día siguiente, la ruta lo llevó por “viejas ciudades de orígenes y de nombres árabes, situadas como nidos de águilas en cimas inaccesibles” hasta Ronda, que con su *tajo* o quebrada, dividiendo la vieja ciudad de la nueva, era “algo que valía la pena asaltar con tal de verlo”. Aún no se había encontrado con José María entre los *contrabandistas*, “uno de los más caballerosos y pintorescos de los muchos de su tribu que había en España” [*Ruta XVII*].

Ford siguió luego hacia el oeste por la Serranía, cabalgando entre almendros y nogales hasta entrar en una *dehesa* de cistus y alcornoques, y desde allí enfilarse un rocoso desfiladero en el que contabilizó quince monumentales cruces en un espacio de menos de cincuenta metros hasta llegar a Grazalema, “una verdadera guarida de fieras [...] pegada como un



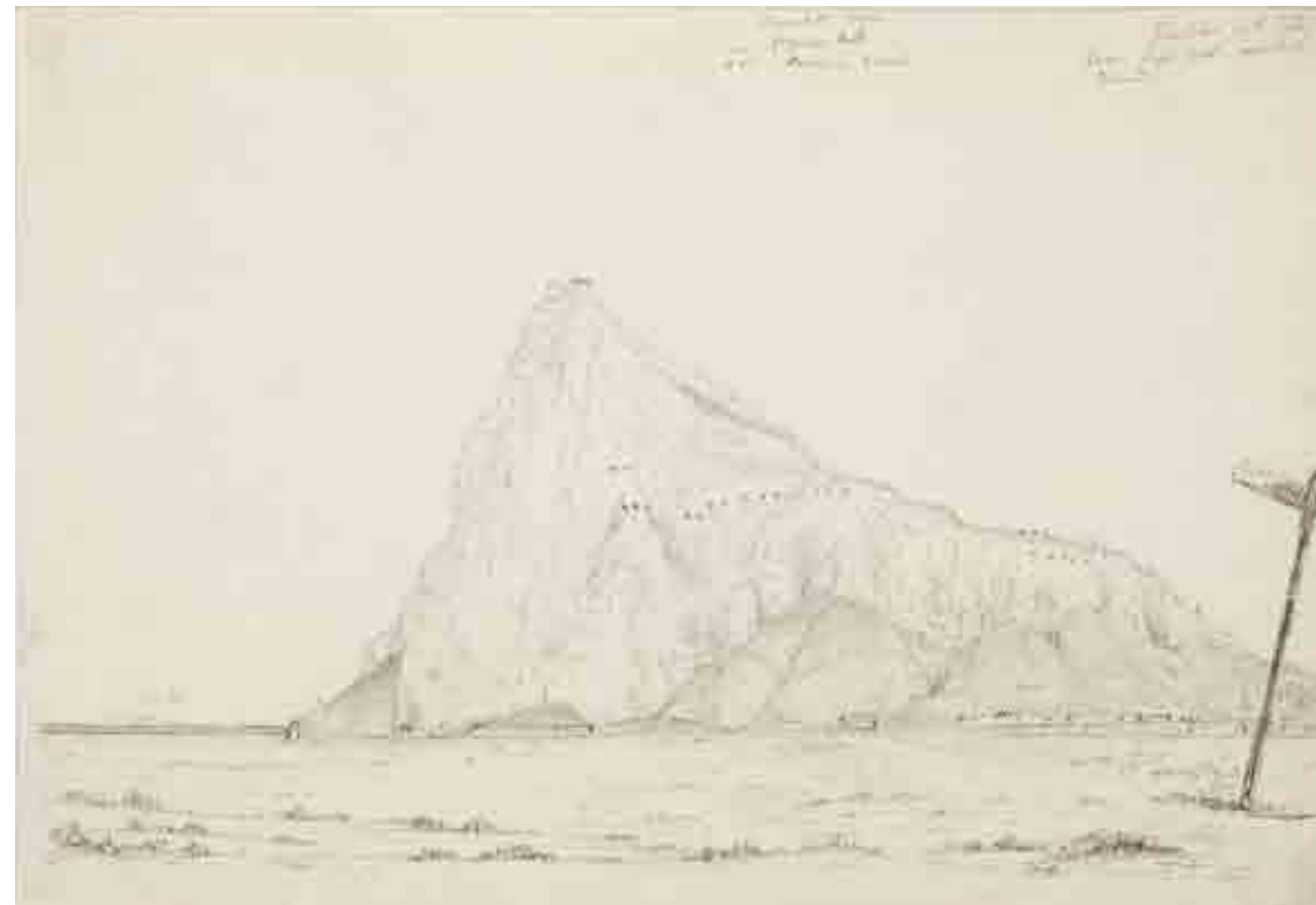
nido de vencejos a la ladera de una montaña”, donde “las mujeres que lavan sus sábanas en los torrentes miran con malicia al viajero”. De aquí en adelante continuó “casi como una provocación los caminos más sugestivos e impracticables, donde el escenario

[IL. 42] Tarifa. Paisaje del Estrecho

[IL. 43] La Línea (Cádiz)

<sup>21</sup> Sir Arthur de Capell Brooke, el autor de *Sketches in Spain and Morocco* (1831), cuando viajaba por las inmediaciones cinco años atrás, confirmó esta costumbre ya que, al llegar “inesperadamente [tropezó con] una fila de tres jóvenes doncellas, hermosamente ataviadas [...] [y] en el momento en que me vieron, éstas se cubrieron de inmediato a la manera de los moriscos, es decir, dejando ver solamente un ojo”, y añadió que las clases más bajas no mostraban tales inhibiciones.

<sup>22</sup> El general Sir William Houston (1766-1842) había sustituido a Sir George Don como Gobernador, permaneciendo en el cargo hasta 1835.



[CAT. 173]  
El Peñón de Gibraltar desde La Línea



era más grandioso” para pasar la noche en El Bosque. A la mañana siguiente hizo un boceto de Arcos mientras subía a la ciudad, asomándose a un enorme precipicio que le proporcionó unos soberbios paisajes [Ruta XVIII]. El viaje a Jerez, “una desordenada, mal construida y mal saneada ciudad morisca”, no tuvo interés alguno, y sus frías *posadas* no eran demasiado recomendables: “La de *San Dionisio* es sólo tolerable. Los *caleseros* y *arrieros* se alojan normalmente en La *Posada de Consolation* [sic]; aunque pocas comodidades se pueden encontrar en ella. El *Parador* de la diligencia es mejor”. Sin embargo, “los comerciantes, si son extranjeros, son más hospitalarios [...] comiendo y bebiendo continuamente. Los posaderos están orgullosos de su vino; les gusta tanto beberlo como alardear de él, e invitan a su mesa a algunos clientes, que entonces, tal vez por primera vez en su vida, saborean un auténtico y puro Jerez”. Ford subrayó más tarde que pocas veces había conseguido encontrar un buen jerez en Sevilla, y absolutamente ninguna en Granada [Ruta III].

A su regreso a Sevilla, se angustió bastante al encontrar que Harriet “no estaba nada bien”, y también al observar con gran ansiedad el precario estado de salud de su hijo mayor, Richard. Como Harriet, además, estaba embarazada de tres meses, abandonaron toda idea de visitar Málaga o, como estaba previsto, trasladarse de nuevo a Granada para evitar el calor. En estas circunstancias, Ford decidió pasar la última parte del verano explorando el norte y noroeste de España. Tal vez no se presentara otra ocasión de hacerlo. Los planes de futuro eran inciertos: dependían de la propagación del cólera, que amenazaba ya y que había hecho su aparición en Andalucía. Ante semejante eventualidad, Ford no habría tenido dudas en enviar rápidamente a la familia a casa vía Madrid y Francia.

El 13 de mayo, a lomos de su *jaca cordobesa* y acompañado de Francisco Cura, su caballerizo, partió hacia la primera etapa de su larga expedición a Santiago de Compostela. Después de Itálica, un mísero pueblo en el que asomaban unas ruinas romanas “entre malas hierbas y campos de olivos, como los grises huesos de unos gigantes muertos”, tomaron el camino de Badajoz en El Garrobo y giraron derechos al oeste por debajo del pueblo de El Castillo de las Guardas, donde puede que se detuvieran a pasar la noche, continuando al amanecer hacia Minas de Riotinto para visitar las antiguas minas de cobre. Ford describiría el proceso seguido para su extracción [primera parte de las *Rutas VII y IX*]. En adelante cabalgaron hacia el norte por la Sierra de Aracena hasta la localidad del mismo nombre, encontrando una buena *posada*: fue necesario cabalgar durante seis horas “por per-



[CAT. 45] Santiponce (Sevilla). Anfiteatro de Itálica



fumadas *dehesas*, sin caminos y sin vida”. Sus senderos atravesaban campo a través Fuentes de León y, más tarde, Segura de León y Valencia del Ventoso, ambas con hermosos castillos, así como Medina de las Torres antes de llegar a Zafra: “Aquí uno podía cabalgar durante muchas leguas sin encontrar ni un solo ser humano”, y cuando lo encontraban, aquellos sencillos campesinos, y especialmente las mujeres, “se escondían en los matorrales de cistus o mirto”. Los caminos, por llamarlos de algún modo, que cruzaban eran solitarios y seguros, pues “donde no hay más viajeros que las ovejas, ¿para qué iba a

haber ladrones?”. Pero para los viajeros posteriores por aquellos solitarios andurriales, la advertencia “ten cuidado con [...]” convendría repetirla con frecuencia. Zafra estaba “llena de edificios levantados en mejores tiempos y a gran escala”, pero muchos de ellos seguían sin terminar o habían sido desmantelados o destruidos por los franceses.

Después de visitar de nuevo la antigua Mérida, y de hacer otros bocetos, Ford siguió directamente hacia el norte hasta Casas de Don Antonio, “un lugar pobre en cuya venta, sin embargo, es posible encontrar

[CAT. 131] Mérida (Badajoz). Vista de la ciudad y su entorno



una cena y una cama”. Al día siguiente, un recorrido de seis horas hacia el noroeste “por un campo pedregado y esparcido de granito” los condujo a Arroyo del Puerco –ahora “de la Luz”–, donde habían sobrevivido milagrosamente en la iglesia del pueblo dieciséis pinturas de Morales. Otro solitario recorrido a caballo, vía Brozas, los llevó hasta Alcántara. Aunque había sido destruida por los franceses, junto con su noble convento, “valía la pena recorrer cien leguas para ver aquí el cercano puente romano de seis arcos que atraviesa por encima el Tajo”, a pesar de que está dañado [Ruta LVII]. Desde aquí fueron al este, a Garrovillas, para atravesar el río en un ferry cerca del destruido puente romano de Alconétar, más allá del cual una “infame *rambla*” los condujo

a Cañaveral, donde durmieron. El camino zigzagante que seguían los llevó por el noroeste más allá del convento de San Pedro de Alcántara y, a través de los alcornocales, hasta Coria, en el Alagón. A pesar de que sus antiguos muros estaban “desfigurados por las casas miserables que habían levantado contra ellos”, la catedral de granito contenía algunos trabajos finamente realizados. Cabalgando hacia el este, se vieron obligados a vadear el Alagón –el hombre del ferry estaba ausente– antes de entrar en Galisteo, que contenía varios restos de interés. Tal vez Ford se desviara para ver Malpartida y su iglesia antes de descender hasta la en otro tiempo floreciente Plasencia, junto al río Jerte, y cuya entrada ofrecía una vista “de lo más agradable”: “[El] río, la roca y

[CAT. 136] Puente romano de Alcántara (Cáceres)

la montaña, la ciudad, el castillo y el acueducto se combinan para encantar al artista”. Por desgracia, la catedral inconclusa de Plasencia había sido saqueada por los franceses; y lamentablemente, solo unas cuantas semanas antes de la llegada de Ford, un incendio en la sala capitular había destruido una “*Natividad*” de Velázquez.

Ford partió hacia el este al día siguiente, llevando a cabo un recorrido de siete horas a través de la pintoresca Pasarón de la Vega para visitar el monasterio de Yuste, de la orden de los Jerónimos, al que se había retirado el emperador Carlos V, y allí fue agasajado con hospitalidad por la congregación. Describiría su cama como si hubiera estado “en la habitación donde el emperador exhaló su último aliento”; sin embargo, “ningún Carlos disturbó el profundo sueño de un agotado e insignificante extranjero”<sup>23</sup>. Al volver a Plasencia, se dirigió hacia el norte para tomar el desvío que atraviesa Oliva y llegar a Cáparra [Ruta LXI], donde dibujó el arco romano cuadrifonte. Desde allí siguieron los restos que quedaban de una vía romana por el valle de Ambroz hasta Abadía, con su arruinado palacio de Alba y una “miserable” *venta*. El camino al día siguiente fue “muy largo”, ascendiendo por Lagunilla y las salvajes y solitarias colinas de Las Hurdes hasta Herguijuela de la Sierra y Mestas, desde donde un carril los condujo más allá del desolado convento de Las Batuecas, situado “en un abrigado rincón, con su blanco campanario, que se eleva entre pinos, castaños y cipreses”. Pasaron la noche en La Alberca, una “oscura y sucia aldea, con casas que parecen cárceles, construidas en parte con granito, madera y yeserías”. Bordeando el macizo de la Peña de Francia a la mañana siguiente, giraron al oeste atravesando la ondeante meseta para acercarse a la vieja fortaleza de Ciudad Rodrigo, que todavía mostraba las cicatrices de su

asedio [véase poco después de la Ruta LXI]. Una de las capillas de la catedral, utilizada como almacén de pólvora, había sido destruida por una explosión y sus restos permanecieron allí durante años “exactamente como cayeron, y con las pinturas casi desprendidas de su *Retablo*”. El ataúd de plomo de un cardenal había sido fundido por los franceses para hacer balas y el “cadáver al descubierto” fue arrojado a un nicho y luego a un desván donde Ford, consternado, lo vio tendido con sus últimas vestiduras episcopales: “El capellán, al serle señalada esta indecencia, lo único que hizo fue encogerse de hombros”.

Después de haber visto la brecha abierta en la muralla y otros restos del asedio, la intención de Ford era hacer una excursión a Portugal para visitar Guarda y Almeida, junto con el campo de batalla de Fuentes de Oñoro, pero fue disuadido a causa de la delicada situación política. Aunque dicho recorrido, que se extendió *más allá de* El Bodón y Fuenteguinaldo, es descrito en el *Manual* [Ruta LXII], no se sabe a ciencia cierta si Ford hizo “una excursión matinal” hasta esas villas. El día 1 de junio giró hacia el noroeste, pasando la noche en una solitaria *venta* cerca de Aldehuela de la Bóveda (Bóveda de Castro) [Ruta LXIII]. Es muy probable que, antes de entrar en Salamanca, diera un rodeo para visitar el antiguo campo de batalla de los Arapiles, en el que ondeaba el maíz apretadamente “sobre un suelo fertilizado por la sangre de los valientes británicos que murieron por la desagradecida Iberia”, y donde “sus blanqueados huesos se esparcieron por la llanura durante los veinte años siguientes, abandonados al enterrador nacional, el buitre”. Por esos lugares estuvo acompañado de Francisco Sánchez, el mismo guía que, veinte años antes, había atendido a Wellington y que aún vivía en el cercano pueblo de Arapiles. Conocido como ‘El

<sup>23</sup> En 1849, doce años después de la supresión del monasterio, William Stirling, un joven amigo de Ford, había visitado Yuste, por entonces ya en ruinas, antes de escribir *The Cloister Life of the Emperor Charles the Fifth*, dedicado a Ford.





[IL. 44] Salamanca. Vista de la Catedral y la Clerería (apunte)

Cojo' –porque había perdido una pierna en la batalla– le aseguró a Ford que ahora nadie se interesaba por esas cosas: cuando “seis mil españoles, a las órdenes de [Pedro] Sarsfield, por cuyas venas corría sangre irlandesa”, habían sido acuartelados durante dos meses en Salamanca, “ni un solo hombre, ni soldado ni oficial, visitó nunca el campo de batalla”.

Cruzaron el puente romano hasta la ciudad, donde Ford permaneció durante cuatro días a pesar de que no encontró “ni siquiera una *posada* pasable”. Salamanca era verdaderamente “una universidad para cualquier arquitecto que quisiera estudiar el estilo de los períodos más antiguos. Contenía los especímenes más soberbios del gótico más sencillo y del

flamígero, así como del más rico estilo renacentista y plateresco, hasta llegar al rococó más aberrante”. Numerosos ejemplos de cada uno de ellos fueron descritos más tarde por Ford, quien pondría de relieve que a quienes “no eran artistas, arquitectos o anticuarios, les bastaba un día o dos para ver las maravillas de la ruinosa Salamanca”<sup>24</sup>. Al comparar a los estudiantes de esta ciudad (a “*bullford*”, un “*vado de toros*”) con los de Oxford (literalmente, “*vado de bueyes*”), tan diferentes, sintió que las numerosas observaciones críticas sobre ellos eran acertadas.

Mientras estuvo en Salamanca recibió “buenas nuevas” de la situación de la familia en Sevilla y, por consiguiente, decidió que, a pesar del mal tiempo,

continuaría su avance hacia el norte. La carretera seguía ahora una vía romana a través de “unos desolados andurriales poblados de *jaras y encinas*” hasta llegar a Cubo, más allá del cual “el campo mejoraba, pero los campesinos se volvían más ariscos”; a pesar de todo, encontró una *posada* decente en Corrales del Vino. Cruzando el Duero a la mañana siguiente, entró en Zamora [Ruta LXVII]. Aunque decrepita, “una gran parte de su pintoresca arquitectura medieval” sobrevivía junto a una antigua catedral de cierto interés, a pesar de que su entrada norte había sido “modernizada en estilo Corintio, que concuerda bastante mal con el gótico primitivo”.

Al abandonar Zamora, Ford observó que la miseria de los campesinos era mayor; sus cabañas estaban construidas “en barro” y las sólidas ruedas de sus carros giraban “con un chirrido lastimero, que se oye permanentemente por toda la región noroeste de España”, como sucede a menudo todavía. Parece que no se dio cuenta de lo cerca que el monasterio en ruinas de Moreruela estaba de su camino, el cual entraba más tarde en Benavente, pueblo dominado por las ruinas de su enorme castillo. Éste había sido saqueado por los franceses, aunque previamente había sufrido daños por las tropas de Moore en su retirada. La siguiente parada fue en

[CAT. 142] Benavente (Zamora). Vista general



<sup>24</sup> La zona suroeste de la ciudad había sido seriamente dañada tanto por las demoliciones durante la ocupación francesa como por el ataque de Wellington, acaecido a mediados de junio de 1812, a los conventos que ellos habían fortificado. Véase Conrad Kent, *Estampas de la Guerra de la Independencia en la provincia de Salamanca*, Salamanca: Diputación, 2010.



[Il. 45] Lugo. Vista desde la distancia

Astorga, “que se mostraba al mismo tiempo marcial y pintoresca” con sus murallas y sus torres, y allí encontró una *posada* “tolerable”. Sin embargo, poco en la ciudad le atrajo, a excepción de su “modernizada y desfigurada” catedral, que contenía un gran retablo restaurado de Becerra; pero, como Ford le comentaría más tarde a Edmund Head: “Lo cierto es que cuando en estas partes de España uno está tan saturado de retablos, etc., esa curiosidad se debilita”. Astorga era el cuartel general de los maragatos, un grupo social de *arrieros* o carreteros de dudoso origen, vestidos con sus trajes típicos

y con sus hileras de mulos y asnos pesadamente cargados, algunos de los cuales iba a encontrar frecuentemente por la carretera en su avance hacia Galicia.

Desde Astorga, el camino hacia Lugo fue descrito como “magnífico, y un soberbio ejemplo de ingeniería de montes”, a pesar de que las leguas se hacían muy largas y de sus alojamientos, “adecuados solo para los cerdos”. Cruzando el puerto de Manzanal atravesó Bemibre y bordeó Ponferrada para llegar a Cacabelos. En la pintoresca Villafran-

ca del Bierzo, “la morada de la suciedad, la miseria y la pobreza”, aunque también un buen cuartel general para el pescador de truchas, “cenaron un espléndido ejemplar de 4 libras [1.8 kg]”. La empinada carretera empezaba ahora a dar vueltas hasta llegar al puerto de Piedrafito, más allá del cual, en As Nogais, tal vez pasó la noche en la *posada* que regentaba la hija de don Benito, anfitrión de Moore en su retiro en A Coruña. El terreno mejoraba a medida que entraron en el valle del Miño para acercarse a Lugo, donde Ford descansó en una posada decente fuera de su conjunto de murallas, muy reforzadas y cubiertas de yedra, para ir a explorar los rincones de su catedral, con su “moderno, chillón y teatral” altar mayor; pero allí había pocos monumentos de interés que hubieran sobrevivido al saqueo de los franceses. Desafortunadamente, al no estar acostumbrado a una dieta de “cebada y paja” en lugar de su habitual pienso de heno y avena, la montura de Ford enfermó; también retrasó brevemente su avance el hecho de que sus herraduras se estaban desgastando, y como en Galicia se utilizaban más los ponis que los caballos, no fue fácil encontrar herraduras de tamaño grande.

Desde Lugo, emprendieron el viaje rumbo al oeste, atravesando el territorio por caminos “detestables” hasta Sobrado de los Monjes [*Ruta LXXXIV*], con su enorme convento de la orden de san Bernardo. Tras un recorrido de nueve horas a través de páramos silvestres, llegaron a Santiago, cuyas oscuras torres de granito se ven desde muy lejos: “Una vista en verdad grande e impresionante”. Su llegada fue saludada con “un ronco tañer de campanas”. Tal vez encontrarán hospedaje en *La Viscaina*, en la Rúa Nueva, descrita como “limpia y ordenada”.

Santiago estaba “llena de arcadas, de fuentes y de conchas de vieira”, pero la ciudad tenía “un aspecto sombrío, debido al efecto de la humedad sobre el granito”. En su corazón se alzaba la catedral, con la tumba de su santo titular, que Ford comparó con “una araña en medio de su tela, cazando extrañas y atolondradas moscas”. Él mismo confesaría que “a pesar de su Protestantismo”, había sido iniciado en la ceremonia de los peregrinos, ascendiendo los escalones por detrás de la imagen de Santiago, colocando las manos en sus hombros y besando su capucha, “que se parece a la que usan los policías de Londres”.

Encontró tiempo para hacer algunos bocetos antes de desandar el camino hasta Lugo, en un acercamiento que llevaron a cabo por el noreste del país, siguiendo una ruta que probablemente pasaba por Quintela, Reigosa y la aldea de Vian (o Bean, como escribió de oídas). De ahí descendieron hasta el apartado Mondoñedo, dominado por las “dos torres en forma de pimenteros” de su pequeña catedral, desde donde se dirigieron al este a lo largo de la costa [*Ruta LXXXIX*], por una carretera solitaria que Ford había “recorrido pulgada a pulgada”, aunque diera distancias sólo aproximadas, lo cual no resultaba nada sorprendente. La ruta viraba hacia el noreste atravesando Lourenzá y Vilamartín para alcanzar el litoral en Ribadeo, ciudad con un privilegiado emplazamiento en la desembocadura del Eo, que se atraviesa con un ferry, más allá de la cual discurre paralela a la costa, “hermosa pero pesada, ya que era un continuo [...] *cuesta arriba y cuesta abajo*”. No tuvo tiempo para dibujar. Esa misma noche llegó a Navia, que tenía un *mesón* decente y a la mañana siguiente alcanzó Luarca, “anidada en una protegida ensenada”, atravesando

comarcas “densamente pobladas y llenas de maizales”, con casas más confortables que las de Galicia ya que “a menudo tenían ventanas con cristales”, y donde los “trajes y las maneras cambian y mejoran a medida que se avanza hacia Asturias”. Pero las siete leguas hasta Muros de Nalón les costó “nueve horas de cabalgar” por escenarios que “se parecían a los de Devonshire” (como recordaría cuando, más tarde, residió allí). No le impresionó Avilés, “una ciudad vieja y lúgubre” con poco “que mereciera la pena ver”, aunque sus mujeres le parecieron bastante hermosas.

Tras hacer un único boceto de la lejana Gijón<sup>25</sup>, sin entrar en la ciudad, giraron hacia el interior para ir directamente a Oviedo, a la que describió como “una hermosa y limpia ciudad”, cuya catedral, si no grande, era “muy bonita y elegante” y contenía numerosas y viejas reliquias [véase inmediatamente después de la *Ruta XCII*]. De sus otros monumentos, el antiguo palacio de Santa María en la cuesta de Naranco se encontraba “decentemente mantenido por la vicaría”, pero la cercana iglesia de San Miguel de Lillo estaba “arruinándose rápidamente, en estado de vergonzoso abandonado y desacralizada”.

Al dejar Oviedo, siguieron la carretera de la diligencia, que iba cuesta arriba hacia el sur a través de Olloniego y Mieres, ofreciendo bellas vistas<sup>26</sup>, hasta llegar al puerto de Pajares (con una tolerable *posada* y una trucha excelente), y al día siguiente descendieron por Villamanín<sup>27</sup>. Desde una colina más allá de Robla pudo ver solamente “llanuras interminables y estepas con campos de trigo [...] doblemente detestables por el contraste con las frescas tierras altas”. Arribaron a León [*Ruta LXX*], pero

no estuvieron allí mucho tiempo pues había una gran muchedumbre debido a su feria de ganado, con “todos los curiosos y pintorescos villanos, *chalanés*, gitanos y honrados *maragatos* de España”. No obstante, aunque anodina y deteriorada, León contenía una soberbia catedral, de construcción admirable a pesar de que su interior había sido “bárbaramente blanqueado”, y se había construido un *transparente* que rivalizaba en vileza con el de Toledo: “En pocas catedrales el mal gusto de los deanes y cabildos de la España de hoy ha sido tan perniciosamente indultado”. Las vidrieras suponían una cierta compensación, pues en el ocaso brillaban “como transparentes rubíes y esmeraldas”.

Viajaron ahora al sudeste, a lo largo de “una carretera destartalada y rota, polvorienta en verano y embarrada en invierno”, directos a Mayorga, donde tuvieron lugar las primeras escaramuzas entre las caballerías británica y francesa durante la Guerra de la Independencia, para entrar en la antes próspera Medina de Rioseco, como evidencia el *retablo* de Santa María, cuyas pinturas estaban desprendidas de sus marcos: la ciudad nunca había logrado recuperarse del saqueo sufrido por los franceses [*Ruta LXXIV*].

Ford dejó su cabalgadura en Valladolid el 30 de julio, donde tal vez pernoctara en el *Parador de las Diligencias*, regentado por *La Bilbaina* [última parte de la *Ruta LXXV*]. En su opinión, había “pocas ciudades en España donde el amante de las antigüedades y de las prácticas religiosas se sentirá más apesadumbrado”, pues, “en ningún otro lugar ha sido tan intensa la reciente destrucción”. San Pablo, un granero para forraje durante la ocupación francesa, fue usado más tarde como prisión. No obs-

tante, encontró un número más que suficiente de edificios hermosos y de obras supervivientes para registrarlas en sus cuadernos. También hizo una breve excursión a la cercana Simancas, cuyo castillo conserva un inmenso tesoro de archivos, a pesar de que los franceses habían usado cargas completas de sus valiosos documentos para encender fuego. Pero el tiempo se le acababa; no pudo llevar a cabo su planeada expedición a Burgos y a Bilbao más que en diligencia, de modo que decidieron que Francisco Cura (quien nunca antes había salido de la provincia en la que nació) regresara solo a Sevilla con las caballerías.

Naturalmente, al llegar a Burgos [*Ruta LXXVII*] Ford se concentró en su catedral, “una de las más bellas de España”, pero también visitó otros muchos lugares, entre ellos la cercana Cartuja de Miraflores, aunque el interior de Las Huelgas estaba sometido a una estricta *clausura*. Su expedición continuó hasta Vitoria [*Ruta CXVI* y primera parte de la *Sección XII*], “una activa y floreciente urbe, parada de viajeros”, atravesando primero el campo de la batalla de junio de 1813. Tras cruzar el puerto de Urquiola, la diligencia descendió por una bien construida carretera que pasaba por Durango para entrar en la mercantil Bilbao [*Ruta CXXII*]. Aunque los comerciantes extranjeros eran aquí bastante acogedores, la ciudad poseía pocos valores artísticos para que Ford permaneciera en ella más de uno o dos días. Nunca sabremos si la curiosidad lo llevo a probar la bebida local, el *chacolí*, tal vez lo hiciera en el “Café Suizo”, su lugar favorito, rodeado de vascos jugando al *mus* y de cháchara en una lengua incomprensible para él. Tras subir de nuevo a la diligencia –que desde Vitoria “fue casi al galope todo el camino”– vía Burgos hasta Lerma, y atrave-

sar el puerto de Somosierra [*Ruta CXIII*], alcanzó Madrid el 13 de julio<sup>28</sup>.

Como Addington estaba ausente, y aunque asistió con el Cuerpo Diplomático a los actos de la Corte, por entonces en Aranjuez, no tenía demasiado sentido permanecer mucho tiempo en la “verdaderamente calurosa y polvorienta” capital. A los pocos días Ford se reuniría con su familia, muy aliviado al ver con agrado que la salud de Harriet había mejorado notablemente durante su ausencia. Sin embargo, los “acontecimientos familiares” fueron desgarradores: el joven Richard murió a las tres semanas de su regreso.

En noviembre, Harriet había recuperado sus fuerzas después del nacimiento de su hija, acaecido a finales de septiembre, y la familia se mudó a una casa más pequeña, que ya habían ocupado anteriormente por ser más cálida, menos cara y más fácil de administrar. A principios de enero de 1833 Ford dedicó muchos días a partidas de caza en las inmediaciones de Alcolea del Río, en la ribera del Guadalquivir, al norte de Carmona. John F. Lewis<sup>29</sup>, que se había alojado en casa de los Ford, realizó un divertido dibujo de esas escenas de caza. Desde Alcolea hicieron una excursión a Cazalla de la Sierra, como testimonio un dibujo realizado por Ford.

El invierno transcurrió apaciblemente. Durante el mismo, continuó explorando Sevilla de modo incansable y dibujó muchos otros monumentos y escenas para añadirlos a su carpeta. Una vez concluida la celebración de la Pascua, “empacaron, metieron los sombreros en sus cajas, hicieron el equipaje y cargaron con las niñeras, los niños y toda la impedimenta que constituye una tentación para los ladrones e

<sup>[1]</sup> Éste era uno de los cuatro dibujos reproducidos más tarde en forma de talbotipo en el cuarto volumen de los Annals de Stirling.

<sup>[2]</sup> En la tercera edición del Manual de Ford es descrita como “mejor construida que conservada”.

<sup>[3]</sup> La antigua iglesia de Santa Cristina de Lena no aparece en la primera edición del Manual, una omisión corregida en la segunda, probablemente por influencia de Widdrington.

<sup>[4]</sup> No se sabe si Ford tomó el Sillas Correo, malle-poste o diligencia del correo, que él recomendaría luego como “la mejor manera de viajar, por ser la más rápida [...] siempre que los baches del camino lo permiten”.

<sup>[5]</sup> John Frederick Lewis (1805-1876) estuvo allí durante una temporada como invitado de Ford; su Sketches of Spain and Spanish Character fue publicado en 1836. Más tarde se convertiría en un eminente artista orientalista.



impide la rapidez de movimientos”, y así la familia regresó sin problemas a Granada.

En esta ocasión se alojaron en la *Casa Sánchez* (El Partal) de la Alhambra. Ford hacía tiempo que quería visitar el norte de África, un territorio del que había tenido apenas una lejana visión. Más tarde escribió: “Nadie debe dejar de cruzar el Estrecho y poner sus pies en África; el contraste es más notable que el que existe al pasar de Dover a Calais”. Con esta perspectiva, tan pronto como los niños estuvie-

ron instalados, Ford y su esposa se dirigieron a Gibraltar, viajando en primer lugar hacia el oeste, vía Loja, hasta Antequera, donde “el gobernador estaba a punto de desmontar la mezquita musulmana para vender los materiales y embolsarse el dinero en efectivo”. Su ruta continuó probablemente por Campillos y Teba hasta Ronda, y desde allí descendió hasta la costa [*Ruta XIX* en sentido inverso].

Desde Gibraltar, el capitán Shirreff los trasladó hasta Tánger<sup>30</sup>, desde donde hicieron una excursión

<sup>30</sup> Se había acordado un breve intercambio de casas con el cónsul; los Ford se alojarían en la residencia de Edward Drummond-Hay, mientras el cónsul, de visita en Sevilla, se alojaba en la de ellos.

[IL. 46] Granada. Alhambra. El Partal (Casa Sánchez)



a Tetuán [véase la última parte de la *Ruta XXI*]. Al atravesar de regreso el Estrecho navegaron hacia el este, a lo largo de la costa de Málaga. A pesar de la hospitalidad dispensada por William Mark, y de sus paseos para admirar su nuevo cementerio protestante<sup>31</sup>, Ford encontró que Málaga, aunque admirablemente situada, tenía “pocos atractivos a excepción de su clima, las almendras, la uva pasa y el vino dulce”. La vuelta a Granada la hicieron probablemente en diligencia hasta Vélez Málaga, donde alquilaron unas monturas y cabalgaron hacia el interior atravesando Ventas de Zafarraya y Alhama [*Ruta XXIII*]. La *posada* de Alhama fue tachada por Ford de “realmente infame; pues sus habitaciones son diminutas y sus incomodidades, colosales”, por lo que recomendó a todos aquellos que quisieran obrar con sabiduría que se trajeran desde Málaga “un buen cesto de provisiones, una bota de vino y algunos puros”. El 6 de junio estaban ya de regreso en *Casa Sánchez*.

Dejando a Harriet para que se recuperara del esfuerzo de su reciente expedición, Richard salió inmediatamente hacia Madrid en diligencia, para estar presente junto a Addington en la jura de la infanta Isabel como heredera a la corona española, hecho que tuvo lugar el día 20 de junio, y asistir a las celebraciones que siguieron a dicho acto.

“Apenas podría suponerse, al ver brillar el sol en el cielo azul, que había cólera en el mundo”, comentaba Ford a su regreso a Granada. Pero el cólera se había propagado a Huelva y existía un riesgo cierto de continuar su propagación a lo largo de la costa. El horizonte político también estaba nublado y Ford consideró que había llegado el momento de regresar a Inglaterra. El mismo Addington acababa de ser llamado a la capital británica, para ser reemplazado por George Villiers<sup>32</sup>. Aunque el inminente viaje al hogar debía ser organizado, incluyendo el embarque en Málaga de todo su pesado equipaje –también los libros y las pinturas adquiridos durante su estancia

[CAT. 34] Gibraltar. Tipos populares

<sup>31</sup> Antes, los restos mortales de los extranjeros no católicos “acostumbraban a ser enterrados en la arena del mar, del mismo modo que los perros, y fuera de la línea de la bajamar; pero hasta esta concesión ofendía a los pescadores ortodoxos, temerosos de que los lenguados [*soles*] empezaran a contaminarse”. Ford hace un juego de palabras entre “*soles*” (lenguados) y “*souls*” (almas) por su relativa homofonía [nota de la traductora].

<sup>32</sup> George William Frederick Villiers (1800-1870), que compró un gran número de cuadros de pintores españoles mientras estuvo en Madrid, regresó a Inglaterra en 1839 para asumir por sucesión el título de conde de Clarendon.

en España–, Ford no pudo resistir la tentación de llevar a cabo una última y solitaria correría: una excursión a las Alpujarras. Disponía del tiempo justo para ello.

De este modo, el 19 de julio tomó rumbo al sur por Padul hasta la pintoresca Lanjarón, para seguir al este por un camino que atravesaba Órgiva y Cádiar hasta llegar a Ugíjar, antes de girar de nuevo al sur hacia Berja –una bulliciosa y próspera ciudad gracias a sus minas de plomo–, alcanzando el litoral en Adra. Desde allí, un día de viaje lo llevó a Motril. Siguiendo una carretera que subía por el interior, atravesando Vélez de Benaudalla y tomando luego un breve atajo por Dúrcal, pronto regresó a Granada [*Rutas XXIV, XXV y XXVI*].

La familia permaneció en la Alhambra durante todo el mes de agosto. Recibió las visitas de John F. Lewis y de Edmund Head, mientras Ford estuvo muy ocupado “llenando su carpeta y su pericráneo [sic] con todo tipo de *memoranda* española”.

Finalmente, el 18 de septiembre de 1833 terminó la estancia de Ford en Granada. Hubo que hacer un penoso viaje en diligencia, interrumpido repetidamente por un absurdo y caótico sistema de inspección y paradas por cuarentena: la diligencia fue detenida no menos de once veces en el trayecto entre Jaén y Valdepeñas. “A las personas sospechosas de haber contraído la infección se les permitía estar en comunicación plena con los habitantes de la ciudad, antes de comprobar si en ese momento estaban libres de la enfermedad [el cólera]. Se descuidaban las más sencillas medidas sanitarias”. Con mucho retraso, llegaron a Madrid el 21 de septiembre. Cuatro días más tarde su hija de un año, que



[IL. 47] Granada. Alhambra. Paisaje con la Torre de los Siete Suelos



[IL. 48] Granada. Alhambra. Paisaje con la Torre de los Siete Suelos

sufría una grave inflamación –posiblemente debida a los dientes– falleció<sup>33</sup>, dejando a Ford y a su esposa destrozados.

Durante los días sucesivos tal vez Richard buscara algunas distracciones visitando una vez más las galerías del Museo del Prado: los lienzos de Velázquez, en particular, no dejaron nunca de absorber su concentrada atención. Así, pudo pasear por última vez a lo largo del umbrío Paseo del Prado, “algo verdaderamente español, un escenario [...] [con la] eterna monotonía” de las cosas que poseen un encanto peculiar.

Aún estaban en Madrid el día 29 de septiembre cuando murió Fernando VII. Un apunte del rey de cuerpo presente durante su velatorio en el Palacio Real fue quizás el dibujo postrero realizado en España por Ford, quien describió su apariencia en el féretro como “algo que daba miedo mirar: su rostro, muy feo en vida, ahora estaba purpúreo, como un higo maduro, muerto y vestido con el uniforme de gala completo, con un sombrero de tres picos en la cabeza y una fusta en su mano”.

La familia, completamente desolada, tomó la diligencia de Bayona el 4 de octubre. Tras una salva de juramentos e imprecaciones, el carruaje empezó lentamente a dar tumbos por las adoquinadas calles, aumentando su velocidad a medida que enfilaban la carretera de Burgos, dejando a Madrid oscurecida por una nube de polvo [véanse *Rutas CXVIII y CXXIV* en sentido inverso, por el camino de Vitoria a Bayona]. Tras cruzar Francia, cuatro días más tarde, el 14 de octubre llegaron a París, donde permanecieron el resto del mes. El 3 de noviembre o al día siguiente, después de una ausencia de tres años y

un mes, Ford regresaba a Londres; en el número 123 de Park Street, en Mayfair, su madre esperaba con los brazos abiertos a la añorada familia.

<sup>33</sup> El bebé fue enterrado al día siguiente en el cementerio de la Sacramental de San Martín, en Fuencarral.



[CAT. 203] Madrid. Funerales de Fernando VII, octubre 1833

Habrían de pasar once años antes de que se publicara el *Hand-Book for Travellers in Spain* de Richard Ford que, junto a su *Gatherings from Spain*, introdujo a sus coetáneos en un país en el que algunos probablemente habían luchado y por el que otros habían viajado, pero del que poseían poco más que un conocimiento superficial. Ford le dio a España una dimensión completamente diferente, porque el *Manual* no fue una mera guía sino un compendio del arte de viajar destinado a un viajero ideal, un referente con el que todos cuantos amaban al país estarán siempre en deuda. Como Lord Carnarvon observó en una ocasión, respecto al elocuente e ilustrado autor de esa obra maestra, “trasladó a sus resplandecientes y cuidadas páginas aquellas apreciaciones tan vívidas y singulares que poseía sobre todo lo que era característico de España. España vive en su libro, revestida de su inimitable colorido”. Como trabajo de un solo hombre, el *Manual* sigue siendo inigualable.

Tal vez habría que subrayar el hecho de que la idea original de Ford, mientras residía en España, no fue la de redactar un libro-guía, aunque podía habersele ocurrido que algunas andanzas y aventuras experimentadas durante los tres años vividos entre los españoles debían ser puestas por escrito en algún momento. Así pues, aparte de su visita a Madrid, los diversos viajes en la Península los hizo para satisfacer su curiosidad sobre las diferencias que podía encontrar en otros lugares respecto a Andalucía.

Fue tal la extraordinaria habilidad de Ford para retratar con verosimilitud lugares que nunca había visitado personalmente que algunos españoles, cuando se hace referencia a aquéllos en el *Hand-Book*, dan por sentado que las descripciones son el

resultado de un conocimiento de primera mano. A pesar de que las rutas seguidas le permitieron ver bastante, como es obvio hubo áreas muy extensas y un buen número de ciudades –generalmente las que, para él, tenían menor relevancia desde el punto de vista histórico o arquitectónico– que no le fue posible explorar en el tiempo de que dispuso. Por ejemplo, su único conocimiento de Galicia se focalizó en la carretera de Astorga a Santiago, que pasaba por Lugo y atravesaba la provincia campo a través, desde Lugo hasta la costa, más allá de Mondoñedo; en definitiva, El Ferrol, A Coruña, Pontevedra, Vigo y Orense fueron omitidas, aunque no de manera deliberada. Entre las ciudades más conocidas que no pudo incluir en sus peregrinaciones se podrían citar Santander, San Sebastián, Pamplona, Huesca, Girona, Logroño, Palencia, Medina del Campo, Soria, Ávila, Cáceres, Guadalupe, Cuenca, Teruel, Ciudad Real, Albacete, Úbeda, Baeza, Cartagena, Huelva o Almería, por no mencionar otras muchas, más pequeñas, de indudable interés desde el punto de vista cultural, o “descubiertas” a partir de entonces, además de numerosos monumentos y edificios singulares.

No obstante, deberíamos estar agradecidos por el hecho de que Richard Ford fuera capaz de explorar tantos sitios históricos como exploró. Afortunadamente, tuvo buenos amigos en los que podía confiar para obtener una información detallada y actualizada de otros lugares por los cuales habían viajado o podían hacerlo, en muchos casos bien lejos de los caminos que él recorrió. Varios de aquellos amigos habrían de proporcionarle un material de incalculable valor cuando estaba revisando la segunda y, especialmente, la tercera edición de su *Manual*. Widdrington, Gayangos y Stirling se encuentran

entre los más notables. De modo que en la última edición, la de 1855, aunque incorporaba “correcciones” y nuevas secciones como “Excursiones para naturalistas”, “Consejos para inválidos” y “Consejos para los autores”, y era, objetivamente, más “completa” que la primera –en la medida en que describe numerosos lugares olvidados o en los que no había reparado–, la información adicional tuvo que ser recogida de segunda mano o de una lectura posterior.

Sin embargo, pese a que la edición de 1855, producto de sus años maduros, es quizás su “última palabra”, en la de 1845 aparecen de forma más espontánea y estimulante las siempre frescas descripciones y observaciones del autor. Es el Ford más expansivo y divertido, aunque esto no significa que la tercera edición sea más limitada en cuanto a ejemplos de su inimitable ingenio, como demuestra esta anécdota referente al Jardín Botánico de Madrid, que estaba

“en situación de bancarrota, con los invernaderos cayéndose y deteriorándose, y sin fondos para las reparaciones”, y que recientemente había sido puesto bajo la dirección de un tal Mr. Williams: “Durante un incendio que tuvo lugar tiempo atrás en la casa de fieras del Retiro, dos boas lograron escapar y se refugiaron en dicho jardín, donde permanecieron hasta finales de año, cuando Mr. Williams mató de un disparo a una de ellas de veintidós pies de largo. Los *valencianos* (que las consideran un manjar delicado) consiguieron, en unos pocos instantes, y con sus largos cuchillos, al menos 20 libras [9 kg] de carne de este monstruo. Uno de los ejemplares más viejos aún se conserva, así como algunos jóvenes, descendientes sin duda de aquella camada de monstruos, la mayor parte de la cual no sobrevivió al invierno. Estas serpientes se alimentaban de conejos y de algunos infortunados gatos o perros que se extraviaban al estudiar botánica”.